

CAPÍTULO XXII.

Las alturas del Serrallo se convierten en una poblacion.—Vejaciones de los moros.—El obispo de Gibraltar visita el campamento español.—Preludios de un gran combate.—Recibimiento hecho por el ejército á los voluntarios de Cataluña.—Entusiasta alocucion del general Prim.—Célebre batalla del 4 de Febrero.—Gloriosa muerte del comandante de los voluntarios catalanes.—Se decide la suerte de Tetuan.

En una carta escrita el 1.º de febrero desde el campamento del Serrallo, se manifiesta que las tropas acampadas en el mismo disfrutaban de buena salud. Se habian empezado á construir casas de piedra y barro, habiendo sido el batallon de cazadores de las Navas el primero que inició las obras, emprendiendolas despues los de Barbastro y Mérida. Estas construcciones van adelantando de un modo tal, que aquello parece ya un pueblo en embrión, al que acuden una multitud de especuladores con varias mercancías. La division del general Echagüe, que tan heroicamente inauguró la campaña de Africa, se lamenta, sin distincion de clases, de no haberse hallado al lado de sus compañeros en las acciones que despues se han sucedido.

En la mañana del citado dia llegó á Gibraltar Samuel Lasri, el judio mas rico de Tetuan y tio del vice-cónsul español en esta última ciudad. Habia enviado toda su familia á Gibraltar, quedándose solo á la vista de sus cuantiosos intereses, cuando estalló la guerra y disponiéndose á dejar el Imperio. Pretestándose por los moros que se carteaba con su sobrino el vice-cónsul que está en España, lo prendieron y encerraron en un calabozo, donde diariamente lo apaleaban, tanto por el odio que inspiraba á sus verdugos, como porque, siendo rico, codiciaban sus cuantiosos capitales.

Se esperaba de un momento á otro la orden del Emperador para su decapitacion.

Este Samuel tiene un hermano en Oran, tan rico ó mas que él, al cual escribió lo que pasaba un hijo que tiene en Gibraltar. El hermano se fué al Gobierno francés y por medio del almirante de la escuadra de dicha Nacion, se reclamó el hebreo al cónsul marroquí en la plaza inglesa, lograndose que fuera sacado de Tetuan y llevado á Tánger al cónsul inglés, para que si nada se probaba de su comunicacion con el sobrino, se le pusiera en libertad y si lo contrario sucedia que fuera degollado. Nada se le probó y al tercer dia de hallarse en Tánger, se le soltó, marchandose el dia 31 de enero á Gibraltar donde se encuentra, contando prodigios de la crueldad musulmana.

Por este mismo tiempo, el obispo católico de Gibraltar giró una visita en el campamento de nuestro ejército en la ria de Tetuan. Este digno prelado, jóven de 32 años, de noble y severo aspecto y de afable trato, demostró tener muchas simpatías por el triunfo de las armas españolas, y en las cinco horas que permaneció entre nuestros soldados se granjeó el general aprecio. Les echó la bendicion episcopal y despues de haber hablado con varios generales, lo hizo muy particularmente con el conde de Reus, cuyo brioso alazan montó para pasear por el campamento.

El 3 de febrero se encontraba el ejército expedicionario en la vispera de un grande acontecimiento. El dia siguiente todos los cuerpos debian atacar el campo enemigo. La jornada estaba dispuesta y preparada convenientemente para ser el hecho de armas decisivo que cortára el nudo gordiano de la campaña. Nuestros soldados no debian combatir por abrirse paso, como hasta entonces habian hecho, para llegar al punto que debia premiar dos meses y medio de esfuerzos heróicos. El dia 4 de febrero, no habian de hostilizarles los moros por los flancos ni picar nuestra retaguardia: nuestras fuerzas iban á atacar al enemigo en sus trincheras, detras de sus reductos artillados y embistiendo de frente su campo fortificado. El Dios que protegió á aquellos de nuestros antepasados que arrojaron á las playas africanas á estos mismos enemigos, debia conceder tambien la victoria á nuestro valiente y sufrido ejército, quedando vengada la España de una afrenta que le infiriera una nacion bárbara, rapáz y sanguinaria.

Arrojado el enemigo de sus posiciones, la suerte de Tetuan quedaba definitivamente resuelta. Espuesta á los fuegos de nuestra artillería, la ciudad no tendria mas remedio que rendirse ó

verse convertida en pocos dias en un monton de escombros. Hay síntomas en un ejército que son un feliz presagio de la victoria. Desde el momento que llegó á noticia de nuestros soldados el movimiento preparado para la mañana del citado dia, en todos los semblantes se veía retratada la alegría y la mas pura satisfaccion. Todos los batallones anhelaban ser los primeros en hacer ondear sus banderas en lo alto del torreón que dominaba y protegía el campamento de los árabes.

La llegada de los Voluntarios de Cataluña vino á colmar el entusiasmo de las tropas en aquellos momentos. Serian las tres de la tarde del 3 de febrero, cuando el conde de Lucena seguido de los generales Prim, Rios, y otros, con sus Estados mayores se dirigian á la playa de Tetuan á recibir á los valientes catalanes que tan importante papel habian de representar en la batalla del siguiente dia. Asi que las primeras lanchas llenas de aquellos jóvenes hubieron entrado en el rio, el general en jefe y su séquito emprendieron el camino por la orilla de la corriente hasta el punto del desembarque.—*Ahi están los catalanes;* decia el general O'Donnell, poseido del mayor júbilo á los que estaban á su lado.

La orilla del rio estaba cubierta de jefes y oficiales de diferentes cuerpos que acudian de todas partes á presenciar el desembarco. Inmediatamente que saltó á tierra su comandante con los gastadores, la banda de cornetas y parte de la primera compañía, una música que habia dispuesta de antemano empezó á tocar aires alegres y marciales. Los Catalanes causaron la admiracion de todos, así por su buen personal y esbeltas formas como por su traje característico y lijero. El general en jefe despues de haberlos observado detenidamente, se retiró muy complacido dejando al general Prim para que aguardase la llegada de la última gente de una fuerza que desde aquel momento formaba ya parte de su cuerpo de ejército.

Reunido el batallón y formado en masa, el conde de Reus mandó que diese frente á la derecha para arengarlo, lo cual verificó de una manera tan entusiasta y enérgica que hubo de conmover profundamente á muchos de los que presenciaban el espectáculo hasta el punto de hacerles derramar lágrimas. El general dirigiéndose á los voluntarios, les habló el idioma de su país en los siguientes términos.

«Catalanes: bienvenidos al valiente ejército de Africa, á este ejército tan lleno de valor y de virtudes. No olvideis nunca que habeis venido aquí

á representar al pueblo catalán, á ese pueblo que tan grandes cosas ha hecho. Acordaos que vuestros padres han pisado estas mismas playas y que penetraron muy adentro en el interior de este país. Acordaos que vuestros antepasados hicieron temblar el Oriente, que pasaron las Termópilas y que hicieron todo lo que los hombres pueden hacer.

Ya veis la acogida que os hace el valiente ejército de Africa. Os ha recibido con música. El mismo general en jefe ha salido á recibirlos, ese general digno y bizarro que ha sacado á la España de su postracion, y que ha hecho ver á la Europa no solamente que España no estaba muerta, sino que se levanta tan grande y poderosa como en sus mejores tiempos.

Os felicito por haber llegado tan á tiempo. Pronto os vais á encontrar enfrente del enemigo: mañana mismo. Imitad al valiente ejército de Africa, y no olvideis que sois hijos de un país que cuenta grandes hechos.

Grandes vivas y aplausos interrumpen al general, quien volviendo á tomar la palabra prosigue:

«El general O'Donnell me ha concedido la honra de que forméis parte del segundo cuerpo. Os prevengo que no tan solo se necesita aquí el valor sino la resignacion y el sufrimiento, virtudes que no han faltado nunca al ejército de Africa. Espero que sereis dignos de ellos como ellos lo son de vosotros.

Cuando se os diga «á trabajar» á trabajar. Si se os manda entrar en el agua, al agua; y si es preciso ir nadando á Tetuan, al rio sin vacilar y á Tetuan.

En el momento del combate cualquiera que sea vuestra situacion, nadie enseñe la espalda al enemigo. ¡Infeliz del que lo hiciera, porque no volveria á Cataluña! Es necesario dejar bien puesto el honor del país para que el dia que volvais al seno de vuestra familia, vuestros padres, vuestras madres y vuestros hermanos os reciban con los brazos abiertos y puedan esclamar con orgullo:—Ha sido del ejército de Africa.

Tal fué la arenga improvisada por el general Prim en la víspera de un combate. Mientras hablaba á sus voluntarios, se fué electrizando poco á poco hasta el punto que sus miradas de fuego y su accion enérgica hacian palpitar de entusiasmo á cuantos le veian y oian. Al recordar á sus jóvenes paisanos que ellos representaban en las playas africanas la honra de Cataluña, se ponía derecho sobre los estribos y su brazo se agitaba convulsivamente como si él solo fuera suficiente para poner á salvo en todas ocasiones la intachable reputacion de una provincia tan rica en hechos gloriosos y distinguidos. El general Prim es una gran figura militar, y hasta sus mas encarnizados enemigos se convertirian en sus adeptos si le viesen en un dia de batalla.

A las diez de la mañana del 3 de febrero, el conde de Lucena

que habia reunido en la Aduana (*) á los generales Ros, Prim, Rios, Rubin y Garcia, jefe del estado mayor general, subió con ellos al terrado que domina por completo todo el frente de la plaza. y desde allí les trazó el plan de la batalla que al día siguiente habia de cubrir de gloria á nuestras tropas, dando á cada uno las mas precisas instrucciones sobre el modo de ejecutar el movimiento en cualquier accidente que pudiera sobrevenir.

El plan de batalla era el siguiente:

El cuerpo de ejército del conde de Reus marchaba á la derecha; el cuerpo de ejército del general Ros á la izquierda; en el centro la artilleria de posicion y la caballeria; las dos divisiones de reserva, desplegadas en batalla en el fuerte de la Estrella, mandadas por el general Rios. Todos los cuerpos cumplieron su mision y su deber, sujetando su arrojo y su bravura al plan admirablemente trazado por el general en jefe.

El 4 de febrero se tocó la diana en el campamento español á la hora acostumbrada. Los soldados levantaron sus tiendas, encendiéronse hogueras que aparecian y desaparecian, segun apretaba ó calmaba la lluvia, porqué el dia se presentó lluvioso; organizáronse los batallones y á las siete y media todo el ejército, menos el cuerpo mandado por el general Rios, que se quedó guardando la formidable posicion del reducto de la *Estrella*, se puso pausada y ordenadamente en marcha. El general Prim, á quien como á Murat, debe llamársele el bravo entre los bravos, avanzaba por la derecha, y el general Ros por la izquierda; pero dispuestas con tal arte las fuerzas de las dos divisiones, que ambas, digámoslo así, se daban la mano y se resguardaban mutuamente. Nuestra brillante artilleria, tan buena, tan arrojada, tan instruida, como la primera de Europa, y no es esto una baladronada, una exageracion hija del amor pátrio, porqué así lo reconocen y confiesan los mismos estrangeros que siguen el ejército, marchaba, avanzando siempre, por el pantanoso llano que se estiende camino de Tetuan. Habia un no se que de solemne y magistoso en el movimiento del ejército: en los batallones que iban adelantando en masas, reinaba un silencio profundo, y no se oia

(*) La Aduana, es un edificio bastante espacioso construido en las inmediaciones de Tetuan donde tenia su morada el cónsul inglés antes de romperse las hostilidades con los moros. Desde dicho edificio á la ciudad hay una calzada intransitable casi por lo mal construida y por lo pantanoso de los terrenos que se ven á los lados. Esto ha entorpecido las operaciones que por otra parte no se ha apresurado á ejecutar el general O'Donnell sin haber hecho antes un camino, cuyos trabajos han servido al mismo tiempo de exploracion

en todo el valle sino el pavoroso estrépito del cañon, presagio entonces de un magnifico acontecimiento. Todo el mundo, generales, jefes y soldados, parecian preocupados por la idea de la empresa á que debian dar tan feliz término; todos estaban á la altura de la situacion, imponente, grandiosa, digna en fin, de nuestra valerosa España. Ni un tiro de carabina ó de espingarda, ni una voz, ni un momento de confusion en la hora suprema del combate, ni un solo momento de incertidumbre; en todo el mayor orden, el mayor concierto, la mayor disciplina y el mayor arrojo. ¡Qué soldados tan dignos de que á su regreso teja la patria para ellos una corona de inmarcesibles laureles!

Como hemos dicho, la artilleria avanzaba siempre estrechando en un círculo de bronce las trincheras enemigas y despreciando el nutrido fuego con que las baterias contrarias contestaban á sus disparos. Nuestras tropas seguian con religioso respeto la arriesgada operacion de la artilleria, sin separar un solo instante los ojos de las inmensas espirales de humo que levantaba, ni el sitio en que estaban las piezas, como en el campamento marroquí, situado en las posiciones de la torre de El-Halili, donde caian todas las granadas reventando con espantoso ruido y extraordinario éxito.

De pronto un grito se escapa de todos los labios; todos los ojos se fijan en un punto, en una inmensa humareda, que brota de repente, que crece, que se ensancha, que se eleva hasta confundirse con las nubes; es que una granada ha caido sobre los barriles de pólvora que tenian los enemigos para el servicio de su artilleria, y han estallado esparciendo por todas partes la muerte y el espanto. Tras esta voladura otras dos vienen á aumentar la confusion en las filas contrarias, que ven caer despedazados los hombres, no solo por el fuego español, sino por el propio, por sus mismos elementos de destruccion y guerra. Pero ellos, sin embargo, resisten con valor el fuego de nuestros cañones; contestan como pueden, unas veces debilmente, otras con redoblado ímpetu á nuestros disparos, y no se amilanan; es que el círculo del fuego se estrecha cada vez mas, hasta ponerse nuestras baterias á tiro de fusil de las contrarias, y eso que miran detrás de las piezas, avanzar silenciosamente grandes masas de infanteria, amenazadoras, fieras, prontas á caer como el rayo sobre las trincheras que formidablemente cercaba todo el campamento.

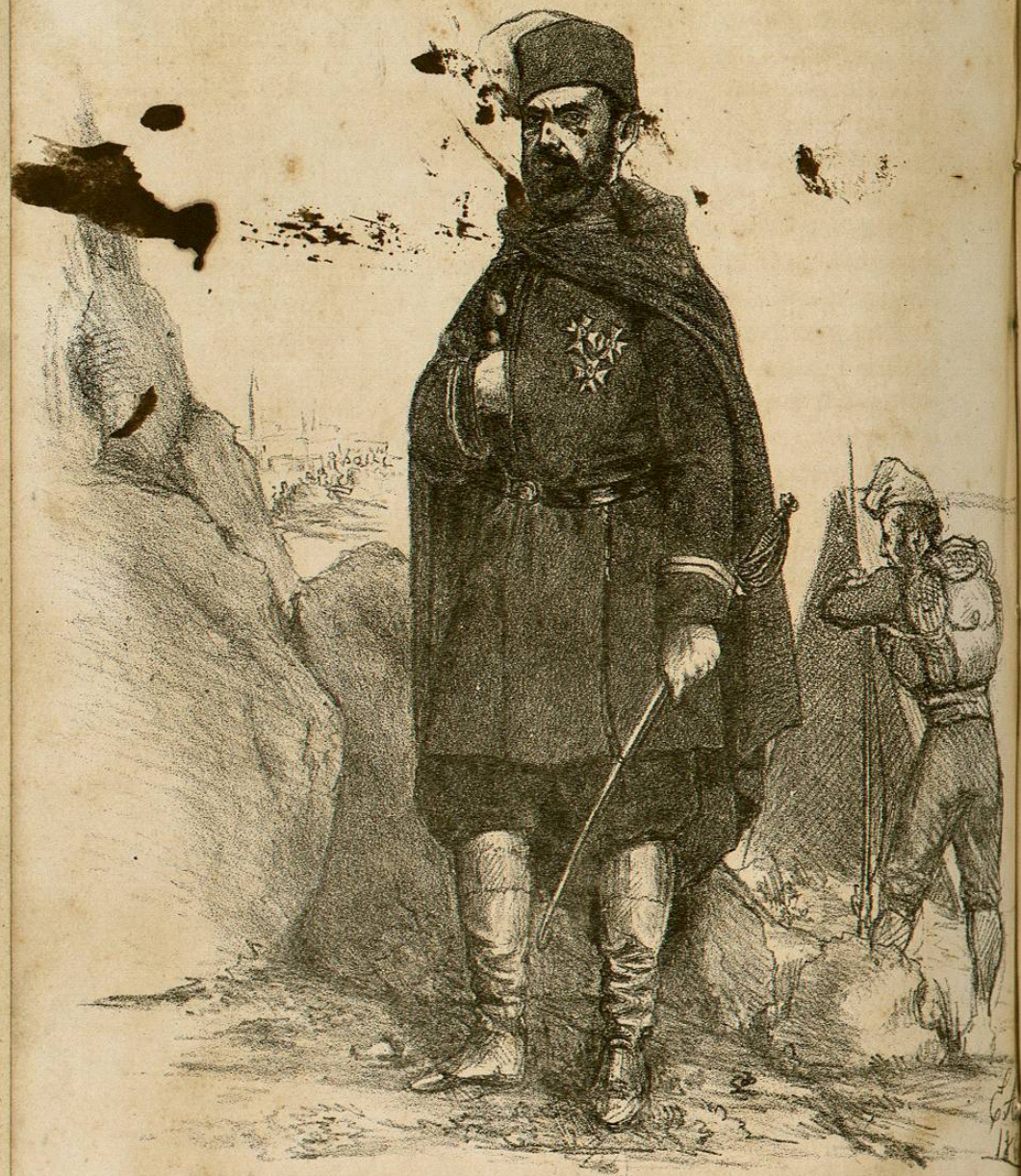
Poco despues el fuego de cañon se interrumpe; reina un momento de solemne calma, un minuto de recogimiento sublime

en que el hombre, próximo al peligro, se acuerda de todo, de su Dios, de su patria y de su familia; las cornetas y las músicas tocan paso de ataque, y los batallones, con la bayoneta armada, al grito de *¡Viva España! ¡Viva la Reina!* escalan las trincheras por entre el fuego de artillería enemiga, y el general conde de Reus, el primero penetra en el campamento enemigo por una tronera, matando de una estocada á un moro que estaba á punto de disparar el cañon, y detrás le siguen sus soldados, ébrios de admiración y de júbilo; sus catalanes, cuyo glorioso estreno en la guerra de Africa debe llenar de legítimo orgullo á sus paisanos; todos, en fin, palpitando de ira y de entusiasmo.

Por la izquierda escalan al mismo tiempo su trinchera las fuerzas del tercer cuerpo, con sus generales á la cabeza, y con el conde de Lucena seguido de su E. M. que grita con voz estentórea, *¡Adelante! ¡Adelante!* Y los soldados victoreando le siguen en medio de un diluvio de balas, que vienen hácia nosotros en todas direcciones, de detrás de los árboles, de las ventanas, de las casas, de entre las tiendas, de las enmarañadas veredas llenas de espinos y de higueras chumbas, que como verdaderos laberintos se extienden por todas partes.

Terminada la acción por esta parte, y en vista del movimiento hostil que se notaba en el ala derecha, desplegaron varios batallones del segundo cuerpo sobre este flanco, penetrando en el bosque y alejando los moros de infantería y caballería que desordenadamente recorrían las llanuras al pié de su campamento, sin saber el partido que tomar, y considerándose perdidos en vista del anterior ataque. La mayor parte del ejército moro se mantuvo en silencio y observación mientras se sostenía el fuego de la batería que le tomó con tanto arrojo, y se fueron corriendo hácia la derecha, con objeto sin duda de cortar nuestra retaguardia, creyendo según las apariencias, que la caballería española avanzaría hasta ellos de una manera inconveniente, y podrían degollarla á su placer favorecidos por la espesura y conocimiento del terreno.

Felizmente se equivocaron, y salieron frustrados sus intentos, resultando en suma que no hostilizaron por el flanco derecho, y solo hicieron disparos desordenados á lo lejos, huyendo, hasta perderse detrás de las montañas. La bravura de la infantería española, sin igual en los ejércitos del mundo, consiguió dominar la colina sobre que estaba acampado el ejército de protección, bastante numeroso, y sosteniendo un fuego vivo consiguió el regimiento de Toledo, favorecido para esta empresa, desalojar comple-



D. VICTORIANO SUGRAÑES.

Comandante de los Voluntarios Catalanes, muerto gloriosamente en la batalla de Tetuan

tamente al enemigo de tan importante posicion, colocándose desde luego la bandera española en las almenas de El-Halili, anti-
quísima y pintoresca torre árabe, en medio de la algazara y entusiasmo de nuestros valientes soldados.

Entre tanto el batallon cazadores de Simancas se estableció avanzando en guerrillas escalonadas sobre la derecha, y penetrando en las huertas pantanosas enteramente, agrietadas por zanjas llenas de agua, donde se sumerge un hombre hasta la rodilla.

El pavor que infundió en los marroquies la decision y arrojo de las tropas españolas, fué causa de su total huida, evitando así á dicho batallon de Simancas dar una prueba mas de su bizzarria, como la demostró en todas las acciones en que ha tomado parte. Avanzó, pues, sin obstáculo hasta la torre dominante, y tanto este como los demás batallones que llegaron á esta posicion acamparon en sus diferentes alturas. Los cuerpos que quedaron en la llanura ocuparon el campamento marroquí establecido al pié de la bateria avanzada, y el cuartel general se situó en una lindísima casa de campo, grande y bella, de las mas avanzadas hácia la llanura, y una de las muchísimas que, salpicadas en esta deliciósísima vega, contribuyen á ornar un cuadro encantador que cautiva la vista del hombre, despertando ese sentimiento dulcísimo que nos hace amar lo natural y bendecir el poder de Dios. Entran en la composicion de este cuadro: un cielo purísimo y trasparente como el de Granada, una vega cubierta de frescos y variados plantios, con diversas colinas, multitud de casas de campo rodeadas de odoríferas huertas, y por último, descansando sobre la falda de una montaña, no muy alta, y besando la fresca llanura, se descubre la blanquísima y pintoresca Tetuan.

¡Qué espectáculo tan horrible se ofrecia á los ojos de todos! Era absolutamente necesario apartar la vista del suelo para no ver como nuestros caballos hollaban los sangrientos despojos de nuestros enemigos; por aquí un tróncos sin cabeza; por allí los miembros esparcidos de un moro despedazado por una granada; mas allá un cuerpo completamente quemado; un poco mas léjos dos mutilados heridos, horriblemente desfigurados, de cuyo pecho se escapaban desgarradores gemidos; por todas partes trozos de carne, entrañas calientes aun, desolacion y espanto. ¡Ay! Tambien mezclada con la suya habia corrido allí en abundancia, la sangre de nuestros hermanos; allí, entre las víctimas ofrecidas por la madre patria en aras de la victoria, estaba tendido el malogrado comandante D. Victoriano Sugrañes, muerto de una